

1.2. PRINCIPIOS EDUCATIVOS



Imagen generada por Canva

Educación en la naturaleza es mucho más que trasladar el aula al exterior. Es una invitación a cambiar la mirada sobre la infancia, los tiempos, los espacios y los vínculos. En el corazón del modelo *Bosque Escuela* laten una serie de principios pedagógicos que orientan esta forma de acompañar el aprendizaje desde una relación respetuosa con el entorno y con las singularidades de cada niño y cada niña.

Este bloque recoge los fundamentos esenciales que sostienen esta propuesta educativa, alejada de la lógica de la instrucción y más próxima a la escucha, la autonomía y la exploración libre. Lejos de imponer contenidos cerrados, los *Bosques Escuela* ofrecen un marco donde la curiosidad, el deseo de descubrir y la conexión profunda con el mundo natural se convierten en motores del desarrollo integral.

Los principios aquí desarrollados no solo definen el modo en que se aprende, sino también el modo en que se habita la infancia: con libertad, con respeto y con sentido. A través de ellos, el aprendizaje cobra vida, se enraíza en la experiencia, y abre paso a una educación más humana, más viva y más conectada con el presente y el porvenir.



1. Aprender con y desde la naturaleza

El primer principio pedagógico se fundamenta en la simplicidad y, al mismo tiempo, en la profundidad: consiste en brindar a las niñas y niños la posibilidad de permanecer más tiempo en contacto directo con la naturaleza, donde el aprendizaje surge desde sus propios intereses, deseos y curiosidades innatas. Según Bruchner (2017), en este enfoque, la naturaleza no es simplemente un contexto más, sino el espacio pedagógico por excelencia; cualquier estructura construida —como una cabaña o un refugio— cumple exclusivamente la función de protección ante condiciones adversas, sin limitar la exploración libre y espontánea.

La esencia de este modelo radica en fomentar una relación íntima y respetuosa entre la infancia y el entorno natural, promoviendo que exploren a través del juego activo: excavar, escalar, observar detenidamente, interactuar con plantas, animales y elementos del paisaje, en un diálogo constante con la tierra (Edna, 2021).



En este proceso, las capacidades individuales se potencian al máximo, respetando la diversidad de formas en que cada niño o niña se relaciona con el mundo natural, reconociendo así los saberes ancestrales y culturales que diversas comunidades han tejido en armonía con su territorio.

2. Autonomía como camino de crecimiento

El segundo principio, vinculado al anterior, consiste en **promover la autonomía del niño y la niña**, es decir, darles la oportunidad de ser las y los protagonistas de su propio aprendizaje y de que experimenten la satisfacción de lograrlo de manera autónoma desarrollando prácticas donde pongan a prueba sus límites y posibilidades, y sientan dicho aprendizaje como suyo.



En este sentido, las y los niños son quienes marcan el ritmo y sus propias necesidades (Boggio, 2016) lo que favorece sus ganas de seguir aprendiendo, sin miedo al fracaso y con la confianza de que hay una persona adulta en caso de ayuda o necesidad.

3. Un entorno emocionalmente seguro

En el marco de una pedagogía basada en la experiencia vivida, la exploración del entorno natural no solo implica un desafío físico o cognitivo, sino también emocional. En este contexto, el acompañamiento adulto debe garantizar un espacio de seguridad y confianza en el que cada niño y niña se sienta protegido y respetado, no solo en su cuerpo, sino también en su sentir.



Crear un entorno emocionalmente seguro significa **reconocer que el bienestar afectivo es una condición indispensable para el aprendizaje profundo**. Implica establecer vínculos basados en la confianza, la presencia atenta y la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Las personas adultas que acompañan desde este enfoque no imponen, no juzgan, no anulan: están, escuchan y cuidan.

Se trata de generar un clima donde el error no se castiga, donde las emociones —desde la alegría más desbordante hasta la tristeza o el enfado— son comprendidas como parte natural del crecimiento. Así, las niñas y los niños aprenden no solo a reconocer sus emociones, sino a gestionarlas en compañía, en un espacio que les ofrece contención, empatía y respeto. Este principio no solo vela por el desarrollo socioemocional, sino que sienta las bases para relaciones más igualitarias y humanas. Educar desde el cuidado afectivo es también una forma de construir una cultura de paz y de reconocimiento de la diversidad emocional y personal desde las primeras edades.

4. Juego libre como vía de creación, libertad y aprendizaje

Este último principio se enraíza en una comprensión profunda del juego como experiencia vital y pedagógica. En el contexto de las escuelas bosque, el **juego libre y espontáneo** no es un mero momento de ocio, sino el corazón del proceso educativo. Se trata de una actividad autoorganizada por las niñas y los niños, sin dirección adulta ni finalidad impuesta, en la que se despliega su capacidad de imaginar, simbolizar, explorar, crear, compartir y transformarse.

Este juego sucede en estrecha relación con el entorno natural. Los recursos del bosque — palos, piedras, hojas, barro, agua, cuestras, troncos— no son objetos neutros, sino materiales vivos que, como dice Freire (2010), invitan a una pedagogía de la libertad. La naturaleza se convierte en aliada y cómplice de la infancia, y es precisamente su imprevisibilidad, su diversidad y su belleza la que despierta en niñas y niños un sentido agudo de creatividad, sensibilidad y conexión con el mundo.

Como señalan Fernández y Álvarez (2025), estos elementos naturales no son juguetes prefabricados, sino provocaciones abiertas al juego simbólico, al trabajo cooperativo, al ensayo de roles, a la exploración de límites físicos y emocionales. Desde esta perspectiva, jugar no es solo hacer, sino también **ser**: es el terreno donde la infancia se reconoce a sí misma, donde puede ensayar sus propias posibilidades y donde aprende, sin darse cuenta, a regular sus emociones, a resolver conflictos, a tomar decisiones, a asumir riesgos. Lejos de ser una actividad trivial, el juego libre potencia una forma de aprender que está profundamente conectada con el deseo, la autonomía y la vivencia corporal. Y en esa libertad para jugar también se gesta una ética del cuidado, de la cooperación y del respeto mutuo, donde cada quien tiene lugar sin tener que competir ni rendir cuentas.



Imagen generada por Canva

Educar desde el juego es, por tanto, una forma de resistir al modelo escolar que reduce la infancia a pasividad y obediencia. Es apostar por una pedagogía que honra la vida, la curiosidad y la potencia que habita en cada niña y en cada niño cuando se le permite ser plenamente en contacto con la tierra, con su cuerpo y con las demás personas.